

LAS PAUTAS INTELECTUALES DE LA

REVISTA MEXICANA DE LITERATURA
(PRIMERA ÉPOCA, 1955-1957)

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES*

ADVERTENCIA

Entre los instrumentos de la actividad de las élites intelectuales, las revistas literarias ofrecen al estudioso un objeto privilegiado para examinar, al menos, dos aspectos sustanciales en el proceso de gestación y desarrollo de los grupos que tienden a cobrar una influencia dominante en la formulación de los bienes culturales de una comunidad. En primer lugar, me refiero a la colocación y acreditación de esos grupos en el campo cultural; y, en seguida, a la preservación, enriquecimiento y difusión de las tradiciones intelectuales que les son inherentes.

Una revista literaria se encuentra en el centro de un espacio cruzado por tensiones sociales e intelectuales. En este sentido, la generación más influyente de la historia de la cultura mexicana durante la segunda mitad del siglo XX, la de Medio Siglo, está vinculada a la primera época de la *Revista Mexicana de Literatura*.¹ En este ensayo estudiaremos las páginas de ese

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

¹ Con respecto de la generación de Medio Siglo, adopto lo que a este respecto escribió el historiador Enrique Krauze en "Los templos de la cultura", en

medio de circulación periódica con el propósito de determinar las pautas que constituyen las tradiciones intelectuales puestas en juego por el núcleo de la generación de Medio Siglo durante el comienzo de su gestión pública. Esas pautas constituyen una mentalidad que dominará el sistema de la cultura literaria mexicana por el resto de la centuria.

EL NACIMIENTO DE UNA GENERACIÓN

La primera noticia de la generación de Medio Siglo en el panorama de las letras mexicanas del siglo XX fue el dictamen crítico que algunos de sus integrantes emitieron sobre la Revolución Mexicana al mediar el decenio de los años cuarenta, además de la fresca memoria que esos jóvenes, en trance de adquirir su primera madurez como profesionales, conservaban del cardenismo, horizonte sobre el cual se recortaron sus posiciones políticas.² La postura de estos jóvenes intelectuales, entre quienes

Roderic A. Camp, Charles A. Hale *et al.*, editores, *Los intelectuales y el poder en México*, México, El Colegio de México-UCLA Latin American Center Publications, 1991, pp. 595-600. Mucho de lo que aquí se discute sobre el contexto histórico de la generación de Medio Siglo tiene su origen en este artículo bien documentado y sólidamente fundamentado en la perspectiva generacional de José Ortega y Gasset, Wigberto Jiménez Moreno y Luis González. La discusión de este historiador comprende, en la generación de Medio Siglo, a una vasta comunidad intelectual y artística conformada por quienes nacieron entre los años de 1920 y 1935. Sobre el tema de la generación de Medio Siglo también se ha escrito una semblanza que puede consultarse en Armando Pereira, *La Generación de Medio Siglo: un momento de transición de la cultura mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Filológicas, 1997 (Cuadernillos 9). También puede ser de utilidad el artículo de Leonardo Martínez Carrizales, "La gestión política y periodística de Medio siglo. El principio", en *Universidad de México*, enero/ febrero de 1993, pp. 31-35. La primera época de la *Revista Mexicana de Literatura* consta de doce entregas bimestrales que fueron publicadas entre el núm. 1, septiembre-octubre de 1955 y el núm. 12, julio-agosto de 1957.

² E. Krauze, art. cit., pp. 595-596.

se destacarían el filósofo Emilio Uranga y el poeta Jaime García Terrés, ambos ensayistas, siguió el camino trazado por personalidades como la de Jesús Silva Herzog, y aun extremó las conclusiones a las cuales éste había llegado en 1944 luego de abrir un expediente crítico sobre las administraciones emanadas de la Revolución.³ En consecuencia, esta generación —a punto de cobrar conciencia de sí misma— osciló entre el reproche moral a la conducta de los servidores públicos de la Revolución y el balance de los logros y deficiencias de sus gobiernos. A pesar del prestigio simbólico de que entonces gozaba la violencia como instrumento de justicia social, no se puede identificar en esta pequeña avanzada generacional un temperamento revolucionario. Ni siquiera llegaron a formular un programa de reformas y terminarían por acatar las reglas del juego político en el país. El escenario profesional de estos intelectuales se atuvo a los códigos promulgados por una institucionalidad, si bien crítica, prudente: el deficiente sistema electoral y el proyecto de Estado en México. El servicio público y la obra intelectual de Jesús Reyes Heróles “representa en toda su complejidad este momento de transición de una mentalidad institucional a una crítica”.⁴

Una segunda promoción de esta ola generacional afirmó y afinó las armas de sus antecesores inmediatos, y, con ello, construyeron los rasgos que caracterizarían el ciclo intelectual protagonizado por la generación de Medio Siglo a partir de los años

³ Las conclusiones del expediente crítico de J. Silva Herzog pueden consultarse en *La Revolución Mexicana en crisis*, Ediciones de Cuadernos Americanos, 1944. El tema volvería a ocupar la atención del autor en 1946 y 1949, por lo menos. Se trata de una postura crítica de gran influencia entre los intelectuales y los políticos mexicanos de los años cuarenta que no pudo pasar desapercibida en la educación de los jóvenes de Medio Siglo. Consúltese también una obra que tendría una gran influencia en el periodo a propósito del tema que aquí nos interesa: Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, en *Cuadernos Americanos*, XXXII:2 (marzo-abril de 1947), pp. 29-61.

⁴ E. Krauze, art. cit., p. 596.

cincuenta. El modelo de estos personajes se acercó al nacionalismo popular que hizo fortuna en los años treinta y terminó por cobrar plena forma y conciencia de sus condiciones gracias al materialismo histórico que se difundía en las aulas universitarias durante los años cincuenta. El historiador Enrique Krauze describió en 1981 este perfil histórico mediante las líneas que copio en seguida:

[El] temple [de la segunda promoción de Medio Siglo] es otro: burlesco, ácido, irreverente, insatisfecho. Nada parecía engañarlos. Políticamente, su blanco principal es el hieratismo de los Cachorros de la Revolución. No analizan: denuncian. Exhiben la ostentación de la burguesía, la corrupción administrativa, la enajenación de los medios de comunicación, la mentira de la prensa, el charrismo, la farsa del discurso oficial, el saqueo alemanista, el desarrollismo sin justicia social.⁵

De acuerdo con Krauze, el perfil biográfico que representa este “temple” como ningún otro es el de Carlos Fuentes. Así puede constatarse al estudiar los temas y los tratamientos que aseguraron un prestigio inmediato a sus primeros libros: *Los días enmascarados* (1954) y *La región más transparente* (1958), así como también el radicalismo de sus opiniones periodísticas publicadas en el diario *Novedades*, el suplemento literario *México en la Cultura*, y las revistas *El Espectador* y *Política*, sin olvidar el medio que ocupará toda nuestra atención en las páginas siguientes: la *Revista Mexicana de Literatura*.

Fuentes no sólo fue el representante más conspicuo del estado de cosas que aquí se describe, sino también su vocero más decidido, tal y como lo prueba el primer retrato de su generación, que debemos a su incansable labor periodística durante los años sesenta, y una retórica encendida, entusiasta y, por momentos, violenta. Al lado de este Fuentes vigoroso y vital no pueden soslayarse los compañeros con quienes compartió en el decenio de los cincuenta y los sesenta los círculos de sociabilidad

⁵ *Ibid.*, pp. 597-598.

que harían de nuestro novelista uno de los personajes más influyentes de la cultura mexicana, especialmente sus discípulos de la licenciatura en Derecho cursada en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, donde se editó la revista que dio nombre a la generación: *Medio Siglo*. Los responsables y colaboradores de *Medio Siglo* arrojan una nómina que nos ofrece una idea suficientemente clara del talento de aquel grupo, la variedad de sus intereses y la influencia que estaban llamados a tener en todos los rubros de la vida pública del país: Víctor Flores Olea, Genaro Vázquez Colmenares, Porfirio Muñoz Ledo, Arturo González Cosío y Javier Weimer. A estos personajes se unirían, a poco de avanzado el breve trayecto de la revista, jóvenes con una vocación literaria mucho más acusada. Me refiero a Marco Antonio Montes de Oca, Sergio Pitol, Salvador Elizondo, Rafael Ruiz Harrel, Luis Prieto Reyes y los casi adolescentes Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco.⁶ En cualquier caso, la gestión pública de la generación de Medio Siglo no puede circunscribirse ni a la literatura ni al arte. Estamos ante una compleja red de intereses y vocaciones que se manifiestan, ya no digamos en las empresas editoriales y periodísticas animadas por quienes asociamos al rubro Medio Siglo, sino también en los propósitos que persiguieron al ejercer sus facultades creativas.

Esta lista de personalidades puede ampliarse si consideramos el entramado institucional que correspondió a una generación en vías de articularse. En este aspecto nos referimos a los establecimientos necesarios para desarrollar una actividad pública eficaz, tales como suplementos literarios, revistas, casas editoriales, programas de difusión cultural, cargos públicos,

⁶ C. Fuentes, "Radiografía de una década: 1953-1963", en *Tiempo mexicano*, 8a. ed., México, Joaquín Mortiz, 1980 (Cuadernos de Joaquín Mortiz), p. 56. También consúltese el testimonio público que Carlos Fuentes rindió en el Palacio de Bellas Artes con motivo de un encuentro entre autores y lectores, bien conocido por la recopilación de las intervenciones en C. Fuentes *et al.*, *Confrontaciones. Los narradores ante el público*, México, Joaquín Mortiz, 1966, p. 147.

etcétera. Aunque la generación de Medio Siglo hacia los años sesenta terminaría por dominar el sistema de la cultura mexicana, en el decenio de los cincuenta se destaca entre los saldos de su labor inicial la primera época de la *Revista Mexicana de Literatura*, dirigida por Carlos Fuentes y el crítico literario Emmanuel Carballo, a quienes poco después se uniría el poeta y ensayista Tomás Segovia. En estas páginas, nos concentraremos en esta revista publicada a partir de septiembre de 1955 porque su estudio me parece imprescindible para comprender el nuevo "temple" cultural que se abría paso entonces en México tras el empuje de la generación de Medio Siglo. Estoy convencido de que no hay otra empresa colectiva de carácter cultural que represente mejor, por un lado, los intereses de este grupo de escritores y artistas, y, por otro, las orientaciones que adoptaría en lo sucesivo el debate público en nuestro país. Esta revista fue el centro que reunió por vez primera, y acaso la última, al elenco más amplio de escritores, intelectuales y artistas que pueden ser relacionados con la generación de Medio Siglo.⁷ Tan pronto como Carballo y Fuentes abandonaron la dirección de este medio periodístico en 1957 para dar paso a una segunda época, el espectro de los colaboradores se reduciría en beneficio de la creación literaria y en menoscabo del ensayo sobre asuntos

⁷ En ese elenco, cabe elaborar la siguiente nómina: Guadalupe Dueñas, Emilio Uranga, Jorge López Páez, Fausto Vega, Ricardo Garibay, Antonio Alatorre, Jaime García Terrés, Ramón Xirau, Margit Frenk, Emilio Carballido, Tomás Segovia, Amparo Dávila, Enriqueta Ochoa, Carlos Fuentes, Carlos Valdés, Emmanuel Carballo, Enrique González Pedrero, Elena Poniatowska, Julieta Campos, Tomás Mojarro, Marco Antonio Montes de Oca, Víctor Flores Olea, José de la Colina. En otro lugar, Carlos Fuentes añadirá a esta lista los nombres que siguen: Jaime Sabines, Rubén Bonifaz Nuño, Luis Villoro, Pablo González Casanova, Edmundo Flores, Víctor Rico Galán, Henrique González Casanova, Rosario Castellanos, Sergio Galindo, Homero Aridjis, Juan Vicente Melo, José Luis Ceceña, Héctor Azar, Héctor Mendoza y Juan José Gurrola. Véase C. Fuentes, "La mascarada de esta década", en *La Cultura en México*, suplemento cultural de la revista *Siempre!*, núm. 523, 3 de julio de 1963, p. VI.

políticos e ideológicos. El círculo de narradores reunido en torno a Juan García Ponce terminaría por imponer sus intereses en la nueva *Revista Mexicana de Literatura*, en tanto que la tertulia de Fuentes se empeñaría en publicar una revista mensual sobre materias políticas e internacionales: *El Espectador* (1959); éstos, poco después, continuarían con esta labor como columnistas en la revista quincenal *Política* (1960-1964). La literatura y la reflexión política no volverían a verse reunidas en algún otro medio periodístico administrado por esta generación como no fuera el periodismo cultural que Fernando Benítez venía ejerciendo desde los años cuarenta en los diarios *El Nacional* y *Novedades* y la revista *Siempre!* Revistas no escasearon en el dominio de la generación de Medio Siglo, pero en éstas se dispersó el caudal original de la *Revista Mexicana de Literatura*, un medio que reprodujo por primera y única vez las tensiones que sacudieron a una valiosa y nutrida generación de la cultura mexicana en los momentos de cobrar pleno conocimiento de su identidad pública y del papel que estaban llamados a desempeñar en el escenario social. Por todo lo anterior, la *Revista Mexicana de Literatura* es una de las publicaciones más importantes en el cuadro general de las revistas literarias de México en el siglo XX.

LA EXPANSIÓN DE HORIZONTES CULTURALES Y SOCIALES

La *Revista Mexicana de Literatura* no sólo es un testimonio de la espectacular expansión de horizontes culturales ocurrida en México durante los años cincuenta, sino un activo protagonista de ese proceso. En ese periodo, los intelectuales, los escritores y los artistas mexicanos se empeñaron en acercar en el país los valores y las orientaciones vigentes en el debate cultural de las sociedades desarrolladas de Occidente, principalmente Francia y, en segundo término, Inglaterra, Alemania, Italia y los Estados Unidos. Se trata de un Occidente que poco o nada tenía

que ver con el simbolismo francés tan estimado en su tiempo por los poetas modernistas ni con la Ciudad Luz que fuera el puerto de arribo de las clases acomodadas del porfiriato; un Occidente lejano del que conociera la amargura del desterrado José Vasconcelos y extraño a las latitudes donde Alfonso Reyes desarrolló sus tareas diplomáticas; un Occidente que ya había dejado atrás los años dramáticos de la reconstrucción necesaria luego de la guerra ocurrida entre 1939 y 1945. En cambio, hablamos de la Francia del existencialismo y el liderazgo tanto político como intelectual de Sartre; la Francia de los debates científicos encabezados por Levi-Strauss, Merleau-Ponty, Gurvitch y Raymond Aron, la de los historiadores reunidos en torno a los *Annales Françaises*, los narradores de la *Nouveau Roman*, los cineastas de la *Nouvelle Vague* y las nuevas reflexiones sobre el lenguaje del grupo *Tel Quel*. Se trata de la Francia a la cual se orientaron los estudiantes becados por el gobierno mexicano durante los años de la estabilidad institucional administrada por los gobiernos de la Revolución.⁸

La *Revista Mexicana de Literatura* profundizó el surco que entre 1943 y 1946 trazara la revista *El Hijo Pródigo*, a la cual podríamos considerar su antecedente directo no tanto por las fechas de publicación cuanto por la línea editorial de esta última. Este medio recuperó la tradición profesional planteada por revistas como *Savia Moderna*, *Pegaso*, *Nosotros* y *Contemporáneos*, y además se mostró profundamente sensible a la crisis ideológica desencadenada por la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial. *El Hijo Pródigo* se opuso a los dogmas del nacionalismo revolucionario y el realismo socialista, y se impuso la obligación de seguir las orientaciones de una cultura cosmopolita ya planteada por los escritores de la revista *Contemporáneos* y, posteriormente, *Taller* y *Tierra Nueva*. Incluso, la austeridad de la propuesta editorial de *Letras de México* incomodaba a los responsables de *El Hijo Pródigo*. La consigna

⁸ E. Krauze, *op. cit.*, pp. 596-597.

de estos escritores consistía en abrir puertas, ventilar la casa y ensanchar perspectivas. De acuerdo con el testimonio de cuanto publicaron y discutieron en sus páginas, la literatura no podía permanecer al margen de los cataclismos políticos que ponían en entredicho a la civilización occidental. *El Hijo Pródigo* dictó una lección a los escritores mexicanos que no ha sido suficientemente ponderada; esa lección consistió en actualizar el mundo mental de las élites intelectuales al calor de la conflagración mundial. En este sentido, hicieron suya y superaron las preocupaciones europeístas de *Cuadernos Americanos*. Si la revista de Jesús Silva Herzog todavía depositaba su perspectiva de integración de México al concierto de las naciones en la tradición clásica, *El Hijo Pródigo* obligó a los escritores mexicanos a sentir como suya la crisis de la cultura moderna en términos fundamentalmente políticos. Los animadores y los colaboradores de la *Revista Mexicana de Literatura* hicieron suya esta herencia y reclamaron el prestigio que les correspondía como descendientes de un linaje que bien podía datarse en los años del Ateneo de la Juventud, de acuerdo con el optimismo característico de su discurso a propósito de la cultura mexicana. Un optimismo que sólo era posible en un periodo de estabilidad económica en el país, consolidación de las ciudades y crecimiento de las clases medias. La gestión de la generación de Medio Siglo debe estudiarse en el horizonte de una estructura cultural asentada en los conglomerados urbanos que no sólo se consolidaba sino que se ampliaba: junto a las revistas a las cuales hemos hecho referencia, añadamos diarios de distribución nacional, editoriales, centros de esparcimiento, escuelas, universidades, oficinas públicas que reclutaban un ejército de profesionales escolarizados, etcétera.

LA AUTORIDAD DE ALFONSO REYES Y OCTAVIO PAZ

Entre las autoridades intelectuales que dejaron sentir su peso en la *Revista Mexicana de Literatura* destacan Alfonso Reyes y

Octavio Paz, los escritores mexicanos de mayor influencia en la orientación del debate cultural en el periodo. En el primer caso, es bien sabido que Fuentes tenía el privilegio de un trato amistoso, un magisterio constante y una protección firme. Reyes, que también sentó semanalmente a su mesa a Emmanuel Carballo, se esmeró en cultivar una amistad literaria con los escritores jóvenes de los años cincuenta. Prueba de ello son las narraciones que obsequió a la Colección Lunes de Pablo y Henríque González Casanova, además del volumen integrado para la Colección Literaria Obregón.⁹ Pese a su avanzada edad y los “avisos” fatales que su corazón venía dándole desde los años cuarenta, Alfonso Reyes, el “primer arquitecto de la literatura moderna de México”, según la inclinación de Fuentes por los epítetos espectaculares, contribuyó efectivamente a delinear el perfil editorial de la revista y, mediante sus propios escritos, a volver más interesante la oferta de sus páginas. Copio en seguida el testimonio de Carlos Fuentes a este respecto:

Reyes libró la guerra contra el chovinismo estéril con el argumento de que una cultura sólo puede ser provechosamente nacional si es generosamente universal [...]. En Reyes todo reductivismo o negación era dañino para el cuerpo individual y colectivo: al traducir la cultura occidental a términos latinoamericanos, nos estaba defendiendo, con tanta actualidad como un guerrillero, de ese desamparo anémico, de ese tiempo perdido que siempre nos ha debilitado y que el chovinismo cultural, aun cuando proclame lo contrario, insiste en mantener.¹⁰

La presencia de Octavio Paz en las páginas de la *Revista Mexicana de Literatura* fue mucho más efectiva y constante que la de Reyes. Paz, vinculado con los escritores franceses desde los últimos años del decenio de los cuarenta, derivó a la revista mexicana sus amigos, sus relaciones profesionales y sus preocupaciones ideológicas. Emmanuel Carballo ha rendido varias

⁹ A. Reyes, *Quince presencias. 1915-1954*, México, Obregón, 1955 (Colección Literaria Obregón, 2).

¹⁰ C. Fuentes, *Confrontaciones...*, p. 142.

veces testimonio oral del poder que Paz ejerció a trasmano sobre la revista. Fuentes, antes de su rompimiento con el Premio Nobel en los años ochenta, se enorgullecía de la cercana amistad que los había unido en aquellos años. El influjo de Paz puede investigarse en colaboradores de la revista como Kostas Papaionannou, en la orientación decididamente francesa de sus páginas y, particularmente, en la atención que se aplicó sobre el sustrato ideológico del enfrentamiento Este-Oeste. En el retrato que Fuentes hizo de su generación, leemos:

Octavio Paz había realizado un supremo esfuerzo intelectual por asimilar el pasado de México con relevancia poética, separar los valores vivos de los muertos y encontrar el contexto humano del particularismo mexicano.¹¹

Según Fuentes, *El laberinto de la soledad* había señalado el fin de las preocupaciones intelectuales sobre lo mexicano y había dado paso a “una nueva etapa cultural”.¹² Tal fue la admiración de Carlos Fuentes por *El laberinto de la soledad* que la orientación de este ensayo puede reconocerse con facilidad en la perspectiva ideológica de *La región más transparente*. El novelista adujo la autoridad del ensayista para discutir públicamente su proyecto estético; proyecto que descansaba sobre dos ejes: la reflexión sobre el pasado de México y la técnica narrativa. De acuerdo con las convicciones en boga de la época, la novela no podía ser en adelante sólo la descripción de los escenarios campesinos de la vida mexicana, sino un método de exploración lingüística de las verdades más profundas del país a la luz de los códigos universales del ser humano. En términos

¹¹ *Ibid.*, p. 143.

¹² Carlos Fuentes llama “tercera etapa cultural mexicana” a la que a su juicio sucede al ciclo que finaliza con el porfiriato y que se caracteriza, de acuerdo con su discurso, por la “imitación extralógica”, y también al ciclo nacionalista que va de las postrimerías del porfiriato a los años cuarenta. Consúltese “La mascarada de esta década”, pp. III-VIII.

generales, este proyecto, aunque realizado exitosamente en *La región más transparente*, recorre buena parte de la narrativa de Fuentes (piénsese, para el periodo que aquí nos atañe, en *Las buenas conciencias* [1959] y, sobre todo, *La muerte de Artemio Cruz* [1962]) como una marca histórica del tiempo en el cual éste construyó su identidad creativa).

En este discurso narrativo se advierte, con una fuerza pocas veces vista en otros objetos culturales, la tensión ideológica más importante que sacudió la conciencia de los escritores de los años que aquí nos interesan; una tensión cuyos extremos son, por una parte, la representación del “ser” mexicano y, por otra, la de la condición universal de los seres humanos.¹³ La obra que resolvió esta tensión fue *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, que se convertiría en el emblema de Fuentes y de todo el elenco de notables narradores que en ese periodo se empeñaron en renovar los recursos y los propósitos del arte narrativo superando las condiciones impuestas por la Novela de la Revolución: Elena Garro, Inés Arredondo, Sergio Galindo, Guadalupe Dueñas, Sergio Fernández, Rosario Castellanos, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Carlos Valdés, Jorge López Páez, Juan Vicente Melo y Sergio Pitol, entre otros. Los jóvenes maestros de la narrativa de esta generación descubren, recrean e incorporan definitivamente el paisaje urbano al discurso de la novela mexicana, y penetran psicológicamente en los hábitos de las clases medias que se han ido consolidando en el país luego de los tormentosos años treinta. La cada vez más compleja e inabarcable ciudad de México, nacida de la estabilidad económica administrada por la Revolución Mexicana, se convierte en el tema recurrente de una novedosa actitud literaria. A este respecto, el libro

¹³ C. Fuentes, *Confrontaciones...*, pp. 143-144. Además, consúltese Julieta Campos, “¿Realismo mágico o realismo crítico?”, en *Universidad de México*, enero de 1961, pp. 4-8. Pocos escritores como Campos, además del propio Fuentes, Rosario Castellanos y Juan García Ponce, llegarían a teorizar sobre los aspectos ideológicos de la novela que aquí nos atañen con la claridad que se advierte en el artículo referido en esta nota.

clásico es de Carlos Fuentes: *La región más transparente* (1958), compendio exacerbado de la perplejidad de los jóvenes escritores mexicanos en los años cincuenta frente a la gran ciudad capital del país.

Con base en este patrimonio cultural, Fuentes y sus colegas urdieron el discurso que los acredita en el cuadro de la cultura mexicana del siglo XX como una generación crítica, renovadora y *moderna*. En ese discurso es fácil reconocer las siguientes ideas: Juan Rulfo y Agustín Yáñez cierran el ciclo temático de las novelas de la tierra y de la Revolución; Juan José Arreola escribe una prosa que crece como una planta extraña en el clima del nacionalismo revolucionario; Rufino Tamayo, gracias a la textura y los colores telúricos de sus cuadros, representa un “puente de renovación que asimila lo permanente” (Fuentes); Alfonso Reyes ha dado ejemplo de que un nacionalismo genuino sólo es posible en el marco de un universalismo generoso; Octavio Paz resolvió el enigma del “ser” del mexicano; y, en fin, una procelosa legión de poetas, narradores, cineastas, pintores, dramaturgos, músicos, ensayistas y periodistas constituyen en México la “tercera etapa cultural” de su historia. Acudamos una vez más al testimonio de Carlos Fuentes:

Todos estos nombres no sólo indican renovación y, sobre todo, diversificación. Suponen, en todo caso, una asimilación del hecho y la conciencia de ser mexicanos, sin la necesidad de agitar banderas y traficar con jicaras y, a partir de ello, una penetración, no ya en la abstracción de “lo mexicano”, sino en la concreción de *los mexicanos* social e individualmente considerados. Las ventanas abiertas y los ojos bien puestos en lo que sucede fuera de México —trátese del arte no figurativo o de la revolución cubana—, la inteligencia liberada por una atención crítica y por una independencia solidaria que rechaza los clisés, los slogans, los esquemas simples y apunta hacia una recomposición humana radical, serán los signos de la *tercera etapa cultural mexicana*, hoy naciente y no sólo perceptible en la obra de los artistas y escritores, sino, ante todo, en el espíritu colectivo de la juventud.¹⁴

¹⁴ C. Fuentes, “La mascarada de esta década”, p. VI.

El entusiasmo de los integrantes de la generación de Medio Siglo por su propia actividad pública y creativa no sólo puede verificarse en los testimonios retrospectivos, sino también en actitudes de diversa índole que los acompañaron mientras desarrollaban su gestión. Este grupo siempre mostró un vigor excepcional y una confianza sin medida en sus capacidades y conocimientos. Quizá estamos frente a la primera generación de la cultura mexicana del siglo XX que, aun sin descender de la cumbre de su ciclo biológico y creativo, aventuró un balance optimista de sí misma. No conocieron ni el pudor ni las vacilaciones de generaciones precedentes. No dosificaron ni su alegría ni su orgullo. No se vieron sometidos a crisis de ningún tipo. La *Revista Mexicana de Literatura* da cuenta de todo ello. Repasemos en las páginas que siguen esa prueba editorial de vitalidad, inteligencia, creatividad y conocimiento.

LOS PUENTES DE COMUNICACIÓN

La característica más notable de la propuesta editorial de la *Revista Mexicana de Literatura* fue la voluntad de tender puentes que permitieran a los escritores mexicanos dialogar con otras culturas, intervenir en conversaciones sostenidas fuera de las fronteras del país y más allá de las latitudes donde se hablaba la lengua española. En principio, se reconocen puentes de integración latinoamericana, trasatlánticos y transgeneracionales.

El puente que la revista tendió hacia los diversos países de América Latina fue transitado en dos sentidos. El primero de estos sentidos estuvo destinado a consolidar en el territorio simbólico de las palabras la geografía del continente; en los hechos, esta labor allanaba el camino para la recepción en la ciudad de México de numerosas colaboraciones provenientes de toda Latinoamérica. Con ello, la *Revista Mexicana de Literatura* cumplía uno de los propósitos más importantes de sus editores: convertirse en un centro editorial de América, de acuerdo

con el ejemplo histórico de las revistas *Amauta*, de Lima; *Sur*, de Buenos Aires, y *Orígenes*, de La Habana, entre otros muchos casos. Tómese como indicador de este objetivo el siguiente comentario aparecido en la revista. Los editores elogiaron la promoción que el Fondo de Cultura Económica hacía de los escritores del país gracias a su colección Letras Mexicanas, pero no perdieron la oportunidad para aconsejar la creación de un proyecto similar destinado a favorecer la difusión de las letras hispanoamericanas que “sería el punto de arranque ideal para una comunidad literaria basada en la instancia fraternal, en la fuerza activa y solidaria. En ella tendrían su lugar las nuevas generaciones de escritores en español que desconocemos y nos desconocen”.¹⁵ La segunda dirección del puente latinoamericano tendido por la revista consistió en el auxilio prestado a colaboradores que por la continuidad de sus notas críticas, artículos, traducciones, informes periodísticos y presentaciones de autores, ganaron la carta de residencia definitiva en esas páginas. Tal es el caso de Augusto Monterroso y Ernesto Cardenal.

Los escritores europeos que recibieron apoyo de la *Revista Mexicana de Literatura*, en virtud de ciertas coincidencias intelectuales, merecen una atención singular, sobre todo porque esta presencia nos aproxima, más que a tales autores, al clima intelectual que dominaba la redacción de la revista. Dos casos pueden servir como ejemplo a este propósito: Geneviève Bonnefoi y Kostas Papaionannou. El primer caso se refiere a la ensayista animadora de *Les Lettres Nouvelles*, de París, asidua colaboradora de la revista mediante ensayos sobre aspectos diversos de la cultura francesa y la presentación al público mexicano de los escritores vigentes en esa latitud;¹⁶ el segundo caso corresponde a quien fue el autor de muy numerosas páginas dedicadas a la

¹⁵ Anónimo, “Talón de Aquiles”, en *Revista Mexicana de Literatura*, enero-febrero de 1956, pp. 284-285.

¹⁶ G. Bonnefoi, “Carta de París. El universo de Samuel Beckett”, en *Revista Mexicana de Literatura*, marzo-abril de 1956, pp. 396-401. Las colaboraciones de esta escritora adoptaron la forma de una corresponsalía que confirma

revisión crítica de la teoría marxista. En la obra de Papaionannou la convivencia de la poesía, la reflexión sobre el arte y el examen de las ideas políticas configuraban un temperamento que, sin duda, tenía que interesar a los editores de la revista como antes había interesado a Octavio Paz durante su residencia parisina.¹⁷ Así se fue articulando desde México una red gracias a la cual se intercambiaban ideas, noticias, libros y revistas; una red que abarcaba tanto a América como a las grandes capitales europeas del comercio editorial.

Cuando el primer volumen de la *Revista Mexicana de Literatura* había sido publicado por completo,¹⁸ 73 autores habían dado a conocer sus escritos, de los cuales 33 eran mexicanos, 18 latinoamericanos y 22 escribían en una lengua diferente de la española. Es necesario subrayar, con el propósito de dar cuenta de las convicciones cosmopolitas reflejadas en la revista, los vínculos personales que los editores mexicanos desarrollaron con autores extranjeros y su eficaz sistema de relaciones públicas. Apenas conocido el segundo número, la revista prometía (y cumplió) divulgar en sus páginas escritores con reconocido prestigio internacional. Asimismo, era capaz de intercambiar publicidad con *The Times Literary Supplement* (Londres), *L'Esprit des Lettres* y *Les Lettres Nouvelles* (París), *Origenes* (La Habana), *Mito* (Colombia) y *El Papel Literario* (Caracas).

Otro de los puentes establecidos por la *Revista Mexicana de Literatura* nos permite precisar el sitio que los editores de este

el deseo de los editores de la revista de establecer lazos con el exterior. Esta clase de correspondencias se presentaba como una carta-informe periodístico firmada por un autor amigo de la casa y titulada según el lugar de procedencia: "Carta de Estados Unidos", "Carta de Madrid"... Esta fórmula tuvo buena fortuna durante muchos años en otras revistas mexicanas.

¹⁷ K. Papaionannou, "Marx y la soberanía de la industria", en *Revista Mexicana de Literatura*, marzo-abril de 1956, pp. 356-377; mayo-junio de 1956, pp. 467-485; julio-agosto de 1956, pp. 636-658.

¹⁸ El primer volumen de la *Revista Mexicana de Literatura* consta de seis entregas bimestrales que se publicaron entre septiembre-octubre de 1955 (núm. 1) y julio-agosto de 1956 (núm. 6).

medio ocuparon en el panorama de las generaciones de la vida cultural en México. La elección de maestros y amigos es un indicio de la asimilación de una cierta herencia generacional y de la simpatía con respecto de una cierta comunidad. Como ya se ha discutido en este ensayo, el primero de los maestros reconocidos fue Alfonso Reyes quien, junto con su amor profesado a Grecia, ofreció a la revista la contribución de El Colegio de México a través de su comunidad de administradores, profesores, investigadores invitados y becarios, además de los transterrados españoles allí hospedados. En este contingente cabe destacar a Daniel Cosío Villegas, José Gaos, Luis Cernuda, Margit Frenk y Antonio Alatorre. Luego de Reyes, el personaje de mayor influencia fue Octavio Paz gracias a su trabajo como ensayista, poeta y traductor; presencia que se inicia, como un emblema, desde la primera página del primer número de la revista. Y entre Reyes y Paz se despliega un abanico que va de Carlos Pellicer y Jaime Torres Bodet a Leopoldo Zea y Jorge Portilla. Con estas pruebas, se puede reconocer que la *Revista Mexicana de Literatura* se inscribió en una línea de continuidad que se remonta a las personalidades del Ateneo de la Juventud, pasa por los Contemporáneos y los Siete Sabios, y llega a los coetáneos de Octavio Paz; entre éstos, Ali Chumacero y José Luis Martínez. Al haber hecho suyo este capital humano, los editores de la revista se acreditaron en el campo literario con gran fuerza y acrecentaron su discurso público con los caudales de una comunidad histórica que no sólo se había expresado de acuerdo con las tradiciones de la literatura, sino también con las de la historia, la economía, las ciencias sociales, el arte y la filosofía.

LA ÍNDOLE DEL DEBATE CULTURAL EN LA REVISTA

La *Revista Mexicana de Literatura* también se ocupó de integrar en sus propuestas editoriales las directrices del debate de la cultura que se desarrollaba en las grandes capitales de Occidente.

En este sentido, las comunidades intelectuales más atendidas resultaron ser las de Francia y los Estados Unidos. En cuanto a Francia, la revista se ocupó de las personalidades que cobrarían mayor influencia en la educación y en la experiencia de los integrantes de la generación de Medio Siglo. Así, por ejemplo, Albert Camus fue un pensador constantemente atendido, la autoridad literaria de Valéry no menguó entre los jóvenes de México ni el prestigio público de André Malraux; se discutió a Balzac sin dejar de mostrar interés por la poesía francesa más reciente. Los Estados Unidos se vieron representados en las páginas de la revista gracias a su poesía moderna, no pocas veces traducida por Octavio Paz, y, sobre todo, gracias a una lectura muy atenta de los medios editoriales y periodísticos que animaban el debate político en ese país. *Life* y *Time* fueron referencias tan constantes como poco favorecidas en los comentarios editoriales de la *Revista Mexicana de Literatura*. A este respecto, sobresale el rechazo de los editores a la estética de la bonanza económica que ambas revistas proclamaban en sus reseñas de los libros norteamericanos oponiéndola a “los estereotipos literarios de la rebelión, [a las] tres décadas de ficción norteamericana dominada por el escepticismo crítico, la emancipación sexual, la protesta social y los sermones psicoanalíticos”.¹⁹ Contra estas opiniones, y fieles a su admiración profunda y constante por los autores de la “generación perdida” del periodo entreguerras, los editores de la revista presentan a los lectores mexicanos la perspectiva del sociólogo C. Wright Mills sobre las diferencias que separaban en los Estados Unidos de la Segunda Guerra Mundial y la posguerra a las élites políticas y financieras con respecto de las intelectuales; y reprodujeron también la denuncia que hiciera William Faulkner del “abismo cada vez más profundo entre la vida norteamericana actual y el conjunto de ideales —‘*The American Dream*’— que dieron origen a los Estados

¹⁹ Anónimo, “Talón de Aquiles”, en *Revista Mexicana de Literatura*, noviembre-diciembre de 1955, p. 192.

Unidos”.²⁰ El círculo de Carlos Fuentes que determinó la línea política de la revista recuperó una tradición antiyanqui viva entre los escritores hispanoamericanos desde la época del modernismo, y aun la actualizó mediante los instrumentos analíticos y la jerga del materialismo histórico; sin embargo, también desarrolló un esfuerzo constante por conocer y difundir el pensamiento radical de los escritores norteamericanos.

Sin menospreciar la influencia de algunas individualidades notables, es necesario plantear las coincidencias que se advierten a lo largo de la primera época de la *Revista Mexicana de Literatura* entre la política editorial y las ideas de Carlos Fuentes. Ya se dijo que Reyes y Paz, límites generacionales de la revista, corresponden a dos momentos importantes en la experiencia sentimental y la formación intelectual de Carlos Fuentes; ahora añadamos que el segundo es algo más: una verdadera obsesión que recorre las páginas del articulista y el novelista en que Fuentes se convertiría. También confluyen tanto en la biografía literaria de Fuentes como en las páginas de la revista que animó Balzac; Faulkner, mediante quien Fuentes ingresó (según su propio testimonio) “al más rico mundo literario contemporáneo, al de los Estados Unidos que acabarán de reconocerse más en Faulkner que en Whitman”; Eliot y “la pléyade de nuevos poetas norteamericanos”; Dos Passos, “lo admito, de una manera mecánica, cuando no puramente tipográfica”.²¹

No exageremos la nota. Carlos Fuentes fue el modelo más acabado de las influencias, las preferencias y el comportamiento público de la generación de Medio Siglo; el escritor que mayor brillo y más decidida beligerancia imprimió a los rasgos de su comunidad. Sin embargo, no es el único poseedor de tales claves. Aunque protagonista indiscutible, Fuentes es parte de una empresa colectiva constituida por un entramado institucional que exigía el concurso de una vasta comunidad y corrientes ideológicas

²⁰ *Ibid.*, pp. 193-194.

²¹ C. Fuentes, *Confrontaciones...*, p. 149.

propias de la época. En esas corrientes y en ese entramado se destacan la conducta política y las inquietudes ideológicas que nos ocuparán en las siguientes páginas.

LA TERCERA FUERZA

El perfil ideológico y político de la *Revista Mexicana de Literatura* puede investigarse mediante la lectura de una columna habitualmente dispuesta en las páginas finales de cada entrega. Esta sección tuvo dos épocas: la primera, bajo el título de “Talón de Aquiles”, dio a conocer breves notas anónimas dedicadas al comentario de revistas hispanoamericanas, inglesas, norteamericanas y francesas, primordialmente. Además de dar cauce al interés de los editores por la cultura de los países hacia los cuales había tendido puentes de comunicación, “Talón de Aquiles” también hizo posible expresar sus juicios sobre la Unión Soviética y la política mexicana. Aunque caracterizada por un tono polémico, los responsables de esta sección prefirieron, antes que las declaraciones beligerantes, las citas significativas. Cuando cambió su nombre al de “Actitudes”, la columna no sólo se difundió con una firma al calce, sino que amplió la diversidad de los asuntos que trataba y prolongó la extensión de sus entregas. La estrategia de las páginas de la columna consagradas exclusivamente a los asuntos políticos e ideológicos entonces se confió mucho menos a las citas y, en cambio, concedió mayor peso al crédito del autor. Así, la revista definió poco a poco el irrenunciable perfil crítico de su línea editorial y sus editores cobraron el estatuto de escritores interesados en asuntos políticos y cuestiones ideológicas.

La perspectiva crítica de los editores de la *Revista Mexicana de Literatura* se hizo perfectamente reconocible en el espacio público cuando en las páginas de la columna a la cual nos hemos referido se expuso la tesis de la “tercera fuerza” por parte de Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo. Al margen de su

originalidad y su penetración, esta tesis identificaría la trayectoria de la primera época de esta revista y la de sus animadores más notables en el contexto de los problemas planteados a los intelectuales de Occidente por la Guerra Fría, la expansión del capitalismo y el socialismo real. El círculo de Carlos Fuentes no podía desentenderse de este panorama si es que en efecto aspiraba a ocupar un lugar en el debate cultural latinoamericano. Los allegados a Fuentes negaron abiertamente abrigar cualquier simpatía por los dos bloques que se disputaban la supremacía política y militar en el orden internacional de la posguerra mediante la amenaza de las armas nucleares. Ni Washington ni Moscú eran las opciones a las cuales podía inclinarse un escritor crítico en América Latina. Ante este panorama, la *Revista Mexicana de Literatura* alegaba que día tras día aumentaba el número de los países que, sin pertenecer a ninguno de los bloques en conflicto, constituían una “tercera fuerza”. Esta opción, de acuerdo con este alegato, no se definía por la neutralidad en los conflictos, sino por la independencia activa, la resistencia a dos opresiones. En este sentido, la solución del dilema nuclear habría de buscarse fuera de la lucha de los imperialismos por el dominio geopolítico del mundo y más allá de los argumentos militares. Los animadores de la revista se empeñaron en esta perspectiva hasta explicar el contenido doctrinal de la “tercera fuerza” por oposición a los dos bloques ya referidos y en consonancia con las formulaciones políticas e ideológicas de la Revolución Mexicana; al menos la Revolución tal y como era percibida por estos actores intelectuales: un movimiento de fuertes bases agrarias y de reivindicaciones laborales indeclinables que había legitimado un Estado corporativo y benefactor. En suma, una Revolución definida por el cardenismo. La lectura que Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo hicieron de la Revolución a partir de las pautas del cardenismo y el marxismo universitario los llevó a suponer que este movimiento social “acaso sea también [el] que resuelva la crisis contemporánea: la posibilidad de construir un orden que concilie la libertad personal y

la justicia social, que dignifique a la persona humana dentro de marcos colectivos”.²² Así, la tesis de la “tercera fuerza” era una proyección de los acontecimientos desencadenados en 1910 sobre el escenario ideológico de la Guerra Fría con el propósito de superar a quienes habían discutido el problema en términos exclusivamente nacionales.

La ausencia de un movimiento revolucionario independiente, de un libre sindicalismo internacional, que agrupe la fuerza obrera dispersa, es otro obstáculo paralizador [...]. Pero nada impide buscar la creación de ese movimiento: la falta de relaciones entre agrupaciones obreras independientes de Asia, Europa y América Latina favorece la polarización de fuerzas; la creación de esas relaciones contribuiría a diluirlas. Y esto nos conduce a la verdadera función de una “tercera fuerza”: primero, disminuir el ritmo de la carrera armamentista negándose a participar en ella; segundo, y puesto que no será la fuerza militar lo que se pueda oponer a las dos potencias, buscar fuera de la razón militar la fuerza propia, oponible a esas dos potencias. ¿Cuál será esta fuerza propia? *La demostración de una capacidad para organizar mejor que las grandes potencias una sociedad humana, verticalmente humana.*²³

Como complemento necesario de su interés por demostrar la viabilidad histórica de la “tercera fuerza”, y conocida su crítica de las acciones imperialistas de los Estados Unidos con respecto de América Latina, los editores de la revista se ocuparon del fracaso de lo que se había conocido como la “segunda fuerza”, cuya palinodia entonaron con el mismo aire melancólico de André Gide. Así, el socialismo real pudo haber sido descrito como “una experiencia sin precedentes que nos llenaba el corazón de esperanza, y de la cual aguardábamos un inmenso progreso, un impulso capaz de envolver a toda la humanidad”.²⁴

²² C. F[uentes] y E. C[arballo], “Talón de Aquiles. Tercera fuerza y primera posición”, en *Revista Mexicana de Literatura*, marzo-abril de 1956, pp. 419-420.

²³ *Ibid.*, p. 421.

²⁴ A. Gide, *Retour de l'U.R.S.S.*, p. 11.

Los animadores de la *Revista Mexicana de Literatura*, haciéndose eco de una perspectiva crítica que había sacudido la conciencia intelectual de Occidente, criticaron el dogmatismo, las cárceles ideológicas y la represión de las inteligencias independientes. En este contexto debe entenderse la simpatía que profesaron por George Lukacs, quien, luego de haber padecido estos males en carne propia, aconsejaba romper con el sectarismo; la bandera del diálogo irrestricto con todas las corrientes políticas agitada por Luckacs y su teoría estética no podía menos que conmover profundamente a los integrantes del círculo de Carlos Fuentes. Ellos mismos escribieron, a propósito del teórico marxista, lo que copio inmediatamente:

[...] el marxismo, cuando se emplea no como un dogma, sino como un método de investigación, conduce a la lucha contra las realidades impuestas por quienes hacen del marxismo un biombo ideológico de la política de fuerza y del hecho consumado, una "justificación" teórica de actos que el marxismo, como filosofía humanista y rebelde, nunca puede sugerir ni aprobar.²⁵

A esta lección dictada por la autoridad de Lukacs añadamos la que declaraba que, a consecuencia del deceso de Stalin, había finalizado la etapa de oposición insuperable entre Washington y Moscú y se abría la oportunidad de "un periodo de cooperación entre toda clase de elementos, a favor de la paz y de la coexistencia".²⁶ Los signos del escenario internacional, diversos y contradictorios, encontraron en las páginas de la *Revista Mexicana de Literatura* una atención constante y una difusión efectiva.

²⁵ Anónimo, "Nota de la redacción", en *Revista Mexicana de Literatura*, enero/febrero-marzo/abril de 1957, p. 170.

²⁶ G. Lukacs, "La lucha entre progreso y reacción en la cultura de hoy", en *Revista Mexicana de Literatura*, enero/febrero-marzo/abril de 1957, pp. 168-176. Este artículo es el capítulo quinto de la conferencia que Lukacs dictó en la Academia Política del Partido Proletario Húngaro. La versión en lengua española corresponde a Víctor Flores Olea, quien tradujo del italiano una versión que, a su vez, un editor de Italia había traducido del alemán.

Una vez más, Carlos Fuentes parece ser la pieza clave de esta política editorial. En el examen retrospectivo de su propia trayectoria, que hemos citado varias veces en este trabajo, el novelista declaró que su “información” la debe al marxismo, pero “no en cuanto dogma absoluto o reductor —que es la negación del pensamiento de Marx—, sino en cuanto método de interpretación de determinados fenómenos de la vida histórica y llamado de libertad e integración de posibilidades humanas”.²⁷ En efecto, el universo conceptual de Fuentes y los suyos se articuló gracias a la tradición marxista, de gran prestigio entre los intelectuales no sólo como “método de interpretación” de la realidad, sino como *ethos* cultural y sistema de valores morales que había venido acompañando desde varios años antes la configuración de los escritores como un grupo social de carácter autónomo y crítico. A este respecto, no podemos reclamar al círculo de Fuentes la coherencia de una disciplina científica; en vez de ello, dispongámonos a encontrar la riqueza y el vigor de un eclecticismo que, aunque dominado por manifestaciones ideológicas cercanas al “pensamiento de Marx”, dio cabida a las formulaciones ideológicas, alienadas y críticas, propias de la matriz romántica de la cual emergió el paradigma del escritor moderno en Occidente. Por esta razón, las causas políticas y las preocupaciones ideológicas representan una parte sustantiva del capital intelectual de la primera época de la *Revista Mexicana de Literatura*; un capital que en el entorno de las publicaciones periódicas de la generación de Medio Siglo (*Estaciones, Cuadernos del Viento, S.nob, La palabra y el Hombre...*) tendió a concentrarse en torno de la creación literaria, mientras que las contribuciones ideológicas y políticas se trasladaron a páginas destinadas a un público abierto, no necesariamente interesado en la literatura. Tal es el caso de los diarios de circulación nacional y de las revistas de carácter político. En consecuencia, el ciclo de Fuentes y sus compañeros de ruta se completaría en los

²⁷ C. Fuentes, *Confrontaciones...*, p. 152.

años sesenta mediante el tratamiento de asuntos exclusivamente políticos fuera de los circuitos literarios. Discutiremos esta situación en el siguiente apartado, el último de nuestro ensayo.

EN LA RUTA DEL PERIODISMO POLÍTICO

Hay otra faceta de la generación de Medio Siglo que, luego de su primera noticia en la *Revista Mexicana de Literatura*, animaría ejercicios editoriales como los correspondientes a *El Espectador*, *Siempre!* y *Política*, anticipaciones del agitado debate público propio de los años sesenta en México. Se trata de los artículos de índole política redactados por quienes, alrededor de Fuentes, seguirían los caminos profesionales del periodismo, el análisis de los asuntos públicos, la sociología, la historia, la burocracia universitaria y la política: Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Francisco López Cámara, Jaime García Terrés y Luis Villoro. Se trata de un grupo reunido en la Facultad de Derecho que se beneficiaría de la gestión administrativa de Mario de la Cueva y de la cátedra de Manuel Pedroso, en la cual la tradición jurídica era explicada con base en textos literarios. Todos ellos admiraron a sus padres generacionales inmediatos, los integrantes más jóvenes de la generación de 1929, por quienes conocieron el compromiso público de corte social y las primeras noticias del marxismo (Efraín Huerta, José Revueltas, Octavio Paz), así como también una profesión alternativa a la administración pública: el periodismo. En las salas de redacción conocieron la confianza en el programa nacional y popular del cardenismo profesado por José Alvarado, Enrique Ramírez y Ramírez, Francisco Martínez de la Vega y Fernando Benítez, además del prestigio de algunos porfiados vasconcelistas como Alejandro Gómez Arias.

Estas lecciones periodísticas serían tan importantes para la conciencia profesional de los personajes de Medio Siglo que aquí nos incumben, que les asegurarían un escenario público en

el momento de mayor intensidad de su discurso político. Luego de cumplir el ciclo de la *Revista Mexicana de Literatura* y de marchar hacia su radicalización política en *El Espectador y Política*, estos escritores, obligados a abandonar las páginas del diario *Novedades* a causa de sus simpatías por la Revolución Cubana, convirtieron a la revista *Siempre!* en su centro de reunión más constante a lo largo del decenio de los sesenta.

Dos acontecimientos señalaron el principio definitivo de la jornada política de Carlos Fuentes y sus allegados más cercanos como periodistas: el triunfo de la Revolución Cubana y los graves desajustes en la institucionalidad política de México durante 1958. El primero de estos hechos aseguró a este grupo la oportunidad de conseguir una proyección muy amplia en el panorama de las discusiones públicas y una mayor coherencia en su discurso político. Cuba fue el eje de un alegato reivindicatorio de América Latina ante los Estados Unidos apoyado en la experiencia antiimperialista de ciertos países asiáticos y africanos. El segundo hecho les permitió deslindarse de las prácticas autoritarias de los gobiernos de la Revolución Mexicana con respecto de algunos gremios profesionales y obreros. Ambos acontecimientos definen los extremos de la ideología articulada en sus escritos periódicos. Por un lado, Cuba, socialismo e independencia internacional; por otro, la censura de las opiniones políticas ejercida por el gobierno mexicano, nacionalismo popular y ejercicio de una democracia en la cual el problema de las elecciones había perdido peso frente a las demandas de las organizaciones obreras y campesinas. Extremos que contienen lo que Carlos Fuentes pensó como un programa político a seguir en México y en Latinoamérica, vigente desde la primera época de la *Revista Mexicana de Literatura* hasta, por lo menos, 1971, año en que abandonó el país como embajador del gobierno del presidente Luis Echeverría Álvarez en Francia. Estos extremos se conectan entre sí gracias a un trabajo continuo en el cual sobresalen la promoción de la solidaridad popular en los países de América Latina, y una oposición política

interna que no abrigaba reservas para invocar a Karl Marx entre sus autoridades ni tenía empacho en proclamar entre sus emblemas más socorridos a Emiliano Zapata y Lázaro Cárdenas.

No cabe suponer una división tajante entre los temas que ocuparon la labor periodística de Fuentes y de su grupo, pues aquellos fueron abordados con base en el mismo patrimonio intelectual según lo imponía la marcha de los acontecimientos. Ese patrimonio, articulado mediante pautas de pensamiento a veces divergentes como el marxismo, la perspectiva agraria y popular de la Revolución Mexicana, el antiimperialismo cultivado entre las élites intelectuales hispanoamericanas en contra de los Estados Unidos y el radicalismo de los escritores educados en las sociedades altamente desarrolladas; ese patrimonio, insisto, alimentó un caudal de páginas que se encuentran entre lo más brillante que se haya escrito en el periodismo mexicano entre 1956 y 1971.